



EDICIÓN
**COVID
19**
ACTUALIZADA

PETER C. GÖTZSCHE

VACUNAS

Verdades, mentiras y **controversia**

Capitán Swing®

PETER C. GØTZSCHE

////////////////////
VACUNAS

Verdades, mentiras y controversia

Prólogos de

Francisco Salmerón

Enrique Gavilán

Traducción de

Rosa Sanz

Capitán Swing 

Prólogo de Francisco Salmerón

El libro que has empezado a leer por este prólogo es sin duda un libro espléndido, que aconsejo digerir con paz y espíritu abierto, y, puestos a hacer recomendaciones, que reflexiones acerca de él y, siempre que puedas, busques y leas la bibliografía que acompaña cada capítulo, pues es también magnífica.

El libro es exactamente lo que dice su título y, por tanto, no busca una revisión de todas las vacunas, sino que se centra en aquellos temas que han levantado más polémica en los últimos tiempos. Aproximadamente un 60 % de sus páginas se centran en el sarampión, la gripe y el del papilomavirus humano (PVH).

Más que hacer un comentario acerca de estos temas, prefiero aportar lo que afirma el propio autor al inicio del capítulo sobre el PVH: «Como ha quedado expuesto en los capítulos anteriores, he llegado a la conclusión de que todo el mundo debería vacunarse contra el sarampión y, en cambio, nadie tiene por qué vacunarse contra la gripe. El caso de la vacuna contra el PVH es mucho más complejo [...]».

Aconsejo a aquellas personas que son contrarias a la vacunación frente al sarampión que lean el capítulo dedicado a este virus, donde se explica detenidamente el fraude que supuso la asociación de la vacuna del sarampión con el autismo. Después de esa lectura estoy seguro de que la mayor parte de ellas modificarán su rechazo a esta vacuna.

En muchos de estos temas, el autor se ha implicado personalmente de manera intensa, a veces sufriendo las consecuencias de no doblegarse a la presión de los diversos intereses en juego. Estos intereses, defendidos a menudo desde posiciones extremas, pueden adoptar distintas direcciones. Si bien los más evidentes corresponden a las grandes compañías, los grupos antivacunas también pueden tener sus propios intereses.

En este libro, el autor no se limita a defender su propio criterio, sino que también presenta, de un modo no sesgado, la argumentación de las distintas partes. Recoge asimismo la bibliografía que apoya los argumentos de unos y otros.

Lo que sí queda claro es que el ambiente en muchas de estas refriegas va cargado de olor a pólvora, como si de una guerra se tratara. Si uno se mete en ella, puede recibir algún resto de metralla, como lo ejemplifica el injusto despido del que fue víctima el autor del libro.

En la novela *San Quintín*, la compañera del que llegaría a ser maestro de campo de los Tercios, Julián Romero, decía: «Cuando me lié contigo —casi río Constance—, ya sabía qué vida iba a llevar. Si me asustara la guerra, me hubiera buscado un contable o un mercader de lanas».

Peter C. Gøtzsche posee una amplia e impresionante trayectoria como científico. Ha firmado más de setenta y cinco artículos en revistas de prestigio (*British Medical Journal*, *Lancet*, *Journal of the American Medical Association*, *Annals of Internal Medicine* y *New England Journal of Medicine*), y sus trabajos son profusamente citados. Algunos de los libros que ha escrito, como *Medicamentos que matan y crimen organizado. Cómo las grandes farmacéuticas han corrompido el sistema de salud* (2013) o *Cómo sobrevivir en un mundo sobremedicado. Busca la evidencia por ti mismo* (2019), describen bien los caminos que ha transitado. Todos estos caminos precisan de experiencia, de conocimientos, de altura ética y de valor. Esto último, el valor, es algo que todos necesitamos, pero a quien más se le está exigiendo es al modesto personal sanitario que está luchando en primera línea en Afganistán contra los virus salvajes de la polio. En esa zona huele a pólvora, pero de la de verdad.

Una virtud adicional del libro es que valora con cariño la mayor gesta de la vacunación: la vacuna de la viruela. Cuando uno vuelve a leer lo que era el mundo antes de esa vacuna, se da cuenta de que algunas de las discusiones actuales están fuera de la realidad. La vacuna ha hecho desaparecer un virus que en los últimos cien años de su existencia mató a quinientos millones de personas. El autor recuerda que en 1798 Edward Jenner no recibió el permiso para presentar sus resultados a la Royal Society en Londres por no ajustarse a los conocimientos ortodoxos de la época (casos como este hay y ha habido muchos a lo largo de la historia de la ciencia).

El libro analiza las evidencias y los posicionamientos frente a las vacunas en un contexto realista, teniendo en cuenta no solo el desarrollo científico, sino también los inevitables intereses comerciales, que pueden sobrepasar las barreras de la verdad científica y de la ética de la sociedad actual. Por ello resulta crucial asegurar la independencia de los comités.

Todo esto ocurre en una sociedad que está regada por mucha información no contrastada que circula a toda velocidad en internet. Hay de todo, incluida mucha información que busca calificar como «antivacunas» a cualquiera que ose criticar los aspectos más dudosos en el manejo de las mismas. Por ello, y para salvaguardar la imagen del autor, me gustaría citar aquí un párrafo de su libro: «Las vacunas son otra historia totalmente distinta. Se trata de compuestos muy específicos dirigidos hacia un microorganismo concreto, solo deben administrarse unas cuantas veces, ofrecen muchos años de protección o hasta inmunidad de por vida, y es raro que presenten efectos secundarios graves. Además, suele ser considerablemente más barato vacunarse que medicarse».

No parecen las ideas de un peligroso antivacunas.

Dicho esto, al autor no le gusta el término *antivacunas* y suele utilizar la palabra inglesa *deniers*, que podríamos traducir como «negacionista» y que será la que utilizaré en adelante.

En general, Gøtzsche trabaja sobre la revisión de informaciones publicadas. Inevitablemente, estas informaciones pueden tener deficiencias o prestarse a interpretaciones particulares, por lo que, siempre que

puede, en los temas más importantes prefiere analizar los informes clínicos originales. Pero incluso esa medida prudente y de alta exigencia va a depender de decisiones ya tomadas por otros. Yo mismo, en mi experiencia profesional, fui testigo de un incidente con la vacuna contra el PVH que atestigua este hecho: parecía que se había generado un daño posvacunal, pero, gracias a la fortuna de poder contar con un excelente especialista en el tipo de cuadros presentado, se pudo clasificar la reacción como lo que era: un síndrome de conversión.

Todo el libro esta recorrido por la desconfianza de que algunos aspectos están envueltos en decisiones tomadas al calor de intereses y de presiones, y a lo largo del mismo se analizan varios incidentes que se describen con detalle y con suficiente grado de verosimilitud.

Hay críticas a algunas decisiones que se han tomado a nivel de la EMA (Agencia Europea de Medicamentos), de la FDA (Administración de Alimentos y Medicamentos), de los CDC (Centros para el Control y Prevención de Enfermedades) e incluso de la Organización Mundial de la Salud. En algunos casos puede tratarse de equivocaciones, pero en otros el autor opina que responden a posicionamientos influidos por los intereses de la industria, que ejerce sobre los citados organismos una constante presión.

Por lo que yo conozco, en el caso de la EMA mi impresión es que, si bien puede haber presión, no llega a haber influencia, aunque la EMA, como cualquier persona o institución, puede errar en su juicio.

Dicho esto, en el caso de las vacunas inactivadas, y en especial referido al PVH, se apunta a que en los ensayos clínicos no se utilizó el placebo adecuado (por ejemplo, solución salina), empleándose una vacuna o la suspensión de adyuvante de la vacuna. El autor reclama una garantía de que no se ha producido, por esta vía, una reducción de los efectos adversos más severos, quedando de algún modo enmascarados por los que generan los excipientes. Este no es un tema fácil, pero la argumentación que utiliza es consistente y por lo tanto no debe ser ignorada. Entiendo que, en general, esta circunstancia no debería afectar al análisis riesgo-beneficio, especialmente en relación con el PVH. Sin embargo, en el caso concreto de su uso en situaciones en que la enfermedad no tiene una tasa de ataque alta, y en las que por tanto el número de daños severos evitados por la vacuna es pequeño, sí podría generar una afectación del equilibrio riesgo-beneficio.

El tema, en cualquier caso, conviene ser estudiado sin lanzar mensajes precipitados en una dirección u otra a los ciudadanos. Las señales existen, pero no son determinantes, y si no se manejan con cuidado, pueden generar una reducción de las tasas de vacunación, lo cual no obsta para que se siga investigando al respecto.

El autor se manifiesta abiertamente contrario a la vacunación frente a la gripe. En este punto debo reconocer que el hecho de que yo iniciara mi actividad profesional produciendo vacuna de la gripe en el Centro Nacional de Microbiología de Majadahonda (Madrid) hace que mantenga una relación especial con esta vacuna y que no pueda valorarla con el suficiente equilibrio. Es cierto que

su carácter temporal obliga a suspender su producción durante largos periodos, y que cuando esta se reanuda genera una actividad desbordante. Sin embargo, no habiendo antivirales específicos de gran nivel, la vacuna es lo único de lo que disponemos, al margen de algunos consejos para dificultar individualmente la infección.

Al inicio de mi carrera, alterné el trabajo en la vacuna de la gripe con la investigación sobre el virus de la polio (con el tiempo pasaría a dirigir el laboratorio de serología de enterovirus), pues en aquella época todavía había casos de polio en España. Debido a esta última actividad, me midieron los anticuerpos de los tres tipos de virus de la polio y se constató que tenía anticuerpos fruto de la infección natural y por lo tanto estaba protegido para siempre. En el caso de la gripe, por el contrario, una persona puede infectarse sucesivamente; por ello no es fácil producir una vacuna a semejanza de las otras. En definitiva, podemos decir que la vacuna de la gripe es peculiar.

Desde el punto de vista de la experimentación clínica, el hecho de que las cepas cambien cada año obliga a manejar la vacuna de un modo distinto. Incluso los estudios de seguridad pueden verse afectados con el cambio de la cepa. Todas las dudas que se exponen en el libro sobre la bondad de los estudios realizados al respecto proceden de esta situación particular. Nunca un ensayo clínico será definitivo, ya que otra cepa, en otra temporada, puede hacer que los resultados varíen. Hay datos que indican que la vacuna funciona con una baja eficacia. En general, hay más protección frente a gripes comunes que frente a gripes

severas o con internamiento en hospital. Quizá los mejores y más fiables estudios se han hecho con mujeres embarazadas y niños. No obstante, en una situación límite, con una cepa muy virulenta, una pequeña ayuda puede ser muy importante. Teniendo en cuenta lo que significó la «gripe española», cualquier movimiento debe hacerse con prudencia. Probablemente la vacuna de la gripe siempre será imperfecta; no obstante, a día de hoy, no estamos en condiciones de prescindir de ella.

Salvo que alguien dé con una vía original, habrá que seguir investigando en nuevos antivirales. Lo que no es posible, o resulta muy difícil, es improvisar una producción en una situación límite sin que haya previamente una infraestructura ya rodada.

En mi opinión, este libro tiene interés para los especialistas en vacunas, los farmacólogos clínicos, el personal regulatorio y clínico y los que trabajan en diversas actividades asociadas a la salud pública. Al personal clínico que pueda tener pacientes «negacionistas» le recomiendo leer con detenimiento el capítulo 1, y en especial el apartado sobre «Muertes y otros daños graves con y sin vacunas», donde encontrará una información muy ajustada. La lectura de este apartado también es en mi opinión muy conveniente para aquellos particulares que, habiendo leído sobre intervenciones muy agresivas y extremas en internet, quieran conocer la opinión contrastada de una persona que, además de tener profundos conocimientos, ha demostrado a través de su historia personal que no se pliega a las influencias de la industria. Tal como está

escrita, esta parte resultará fácil de leer para el público en general.

El autor toca también un tema de moda, la obligatoriedad de las vacunas, posicionándose claramente en el grupo de los que piensan que no se debe forzar la vacunación con multas o prohibiciones de acceder a los colegios. Otra cosa es que en un determinado lugar, frente a un problema muy especial y por un tiempo igualmente concreto, pueda ejercerse presión para conseguir la vacunación. Este tema es tratado en el libro de acuerdo con criterios éticos. Lo que está claro es que, aun respaldando las opiniones del autor, se puede llegar a convencer a los reacios a las vacunas, pero para ello hay que hacer llegar la información adecuada a zonas donde sus habitantes viven de algún modo segregados o donde, por diversos motivos, no alcanzan a disfrutar de las ventajas que debe ofrecer una sociedad bien organizada.

En la parte final del libro, Peter C. Gøtzsche repasa la situación de las vacunas que se utilizan en los calendarios de vacunación. En su país, Dinamarca, los calendarios no incluyen en general tantas vacunas como en los Estados Unidos, pero comenta que ha habido numerosas presiones para incluir la vacuna del rotavirus, que no se introdujo debido fundamentalmente a que en el país no existe mortalidad por esa infección. La vacuna del rotavirus sería de gran utilidad, por ejemplo, en Afganistán, donde por el precio de una vacuna en Dinamarca se podría vacunar a doce personas.

Para mí ha sido un autentico honor escribir un preámbulo para un libro tan excelente, cuyo autor es un científico que

ha tenido que sufrir el acoso de la industria y al que, por ello, le brindo toda mi solidaridad. Solo me queda insistir en que resultará de interés para un amplio espectro de profesionales ligados a la salud pública, pero también — especialmente algunos capítulos— para el público en general. Para lectores más especializados, recomiendo prestar especial atención a la extraordinaria bibliografía que aporta.

También para los altos directivos de la industria el libro ofrece una enseñanza: es más fácil comprar la opinión de un deshonesto que intentar quebrar el alma de una persona honorable. Y para todos los lectores, un mensaje hecho de metralla y purpurina:

Nunca tengas miedo a no lograrlo.

Ten miedo,

mucho miedo,

a no llegar a intentarlo.

DR. FRANCISCO SALMERÓN

Prólogo de Enrique Gavilán

Si alguien me preguntara cuáles son los principales problemas de la sociedad actual, sin ser sociólogo contestaría: el exceso de información y el miedo. El uno va de la mano del otro, además. Pensábamos que cuanto más información, más libres, pero es más bien al contrario: la sobrecarga informativa nos mantiene presos en la incertidumbre y nos condena a las tinieblas. Queremos estar al día de todo y entender a golpe de clic la complejidad de la actualidad y de los fenómenos sociales, pero no queremos perder un segundo en digerir e interpretar la información. Exigimos que se nos muestre de forma comprimida, con lo que se nos escapa una gran cantidad de matices por el camino. Por si fuera poco, hemos ido perdiendo habilidades para filtrar o poner en tela de juicio la información que recibimos, y la damos por válida a las primeras de cambio porque reafirma nuestras convicciones, por ser más socialmente aceptable o porque va revestida de autoridad y no nos atrevemos a —o no tenemos argumentos para— cuestionarla. Como consecuencia, estamos expuestos al vaivén del carrusel de

las últimas noticias, a merced de los que manosean la información en su propio interés, y esta situación es fácil que genere inseguridad y, por último, miedo.

El de las vacunas es uno de esos temas en los que la información es abundante y, a menudo, contradictoria. Muchas personas buscan algo de luz para tomar la decisión correcta. Padres que dudan si hacerle caso al pediatra y comprar «la vacuna que no entra en el calendario oficial», o que tienen miedo de poner a sus hijas esa que «ha matado a algunas adolescentes». Enfermos crónicos que deberían vacunarse de la gripe y que no lo hacen porque tienen la cabeza llena de mitos, o, al contrario, sanos empedernidos que si les dejáramos se pondrían todas las vacunas habidas y por haber por pánico a perder la salud. En cada una de estas circunstancias circulan en internet argumentos y opiniones a favor y en contra de las vacunas, y esto genera confusión y recelo. Lejos de contribuir a aclarar el panorama, hasta los propios profesionales sanitarios y las asociaciones científicas alentamos a veces este desorden de ideas con informaciones y consejos dispares.

En el debate público sobre las vacunas se ha declarado una guerra que enfrenta a dos posturas contrapuestas e irreconciliables. No hay cabida para ninguna postura intermedia ni se permite la crítica. O conmigo o contra mí. Si te atreves a dudar de alguna vacuna, en seguida te sitúan con violencia en el lado de los antivacunas; si te muestras proclive a su uso, te acusan de autoritarismo o de estar vendido a intereses comerciales. Abundan los

profetas y los sabiondos, y escasean los análisis minuciosos, sosegados y equilibrados.

Lo cierto es que se trata de un debate falso: no se puede estar a favor o en contra de las vacunas, como no se puede estar a favor o en contra de los medicamentos, o del arte abstracto, así, en general. Hay vacunas imprescindibles y otras innecesarias, y en algunos casos, sencillamente, hay dudas. Pero para clasificar cada una en su categoría tendremos que tener en cuenta siempre de qué circunstancias y de qué población estamos hablando. Todo el mundo entiende que hay fármacos que pueden ser inútiles e incluso dañinos en determinadas personas, e indudablemente beneficiosos en otras. Con las vacunas ocurre exactamente lo mismo. Por tanto, todo aquel que ofrezca en torno a este tema una única y definitiva respuesta, un «todo o nada», estará faltando a la verdad.

Peter C. Gøtzsche ha conseguido encontrar la fórmula para darle a cada vacuna lo que se merece. ¿Cuestión de magia? No, simplemente independencia de criterio y rigor científico. Gøtzsche no se posiciona en ningún bando. Denuncia sin cortapisas las falacias de los que reniegan ciegamente de las vacunas y de los que las adulan sin ningún atisbo de crítica. Por eso es capaz de analizar, una por una, un puñado de las vacunas más nombradas y con mayor controversia (PVH, gripe, sarampión, neumococo, rotavirus, meningococo...) sin eludir su veredicto final. Por tanto, se trata de un libro valiente y necesario, que no solo responde —con tino— a muchas preguntas, sino que también, como todos los buenos libros, abre otros muchos interrogantes.

El contenido de *Vacunas: verdades, mentiras y controversias* se centra en dos aspectos: la crítica a una industria de la ciencia contaminada por intereses y prácticas que minan su credibilidad y rigor, y la información al ciudadano sobre las bondades y riesgos de las vacunas. En lo primero, Gøtzsche ya nos ha mostrado en sus obras anteriores pruebas de su enorme valía. Es un terreno donde se mueve como pez en el agua. No en vano, ha dedicado la mayor parte de su vida profesional a trabajar como investigador y conoce como nadie las virtudes y vergüenzas de la ciencia. Donde despunta ahora como divulgador de categoría es en el segundo plano. Y lo hace con valentía y solidez. Sin embargo, nos descoloca. Exige que abandonemos el rol pasivo de mero consumidor de consejos categóricos del tipo «sí, haz esto» o «no hagas lo otro». Nos invita a leerlo con el mismo celo y la misma atención por los matices que él tuvo al escribirlo. Este es, precisamente, el principal valor del libro. Gøtzsche demuestra así su compromiso con la idea de que disponer de la mejor información es la única forma de tomar decisiones lo más acertadas posible.

Si estás perdido y no sabes si poner a tu padre, a tu hijo o a ti mismo esa vacuna de la que tanto se habla, sobre la que tanta información y desinformación hay, y que levanta tanto rechazo como entusiasmo, sin duda este es tu libro.

ENRIQUE GAVILÁN,
médico de pueblo
Plasencia, 19 de febrero de 2020

Agradecimientos

Agradezco la información que he recibido de muchos investigadores y defensores del paciente, como Alberto Donzelli y Manuel Martínez Lavín. También, y especialmente, a Peter Aaby, un astuto observador que dice lo que piensa sin dejarse llevar por los paradigmas imperantes, en ocasiones a costa de un alto precio personal, y a Rebecca Chandler por su crítica de la primera versión de este libro.

Abreviaturas

BCG: vacuna contra la tuberculosis

CDC: Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades de los Estados Unidos

CR: cociente de riesgos

DTP: vacuna triple bacteriana contra la difteria, el tétanos y la tosferina

EMA: Agencia Europea de Medicamentos

FDA: Administración de Alimentos y Medicamentos de los Estados Unidos

GMC: Consejo Médico General del Reino Unido

IC: intervalo de confianza

NHS: Servicio Nacional de Salud del Reino Unido

OMS: Organización Mundial de la Salud

POTS: síndrome de taquicardia postural ortostática

PVH: papilomavirus humano

SDRC: síndrome de dolor regional complejo

SPR: vacuna triple vírica contra el sarampión, las paperas y la rubéola

VACUNAS

Verdades, mentiras y controversia

Los muchos mensajes contradictorios sobre las vacunas

Este libro te ayudará a navegar entre la confusa y a menudo contradictoria marea de información que rodea a las vacunas. Sin embargo, aunque los datos que doy te permitirán participar en discusiones provechosas con conocimiento de causa, no pretenden sustituir a la atención médica. Además, si bien te animo a que tomes tus propias decisiones, no seré yo el responsable de lo que hagas ni de lo que acabe sucediendo. En pocas palabras, estas son las conclusiones a las que he llegado tras analizar las pruebas disponibles, pero es posible que otros investigadores piensen de otra manera, ya que siempre habrá un elemento inevitable de subjetividad.

Algunas vacunas son tan beneficiosas que debería ponérselas todo el mundo, mientras que otras deben reservarse para ocasiones especiales. Unas cuantas son tan polémicas que muchos profesionales sanitarios se niegan a ponerlas en contra de las recomendaciones oficiales, como ocurre con la vacuna antigripal.

Por lo tanto, debemos estudiar cada caso con detenimiento y de forma individual, sopesando sus pros y sus contras, igual que hacemos con otros medicamentos, y así decidir si conviene inmunizarse o recomendarlo a los demás.

Las cuestiones clave son las siguientes: ¿cuál es el riesgo de infección y cuál el de sufrir daños graves o morir a causa de la vacuna?, y ¿qué posibilidades hay de evitar la infección y cuál es el riesgo de sufrir daños graves o morir?

En cuanto al resto de las medidas preventivas, no resulta fácil dar consejos fundamentados que puedan aplicarse a toda la población, ya que la prevalencia de la enfermedad es un factor importante que tener en cuenta antes de tomar cualquier decisión. Todos los fármacos producen efectos secundarios, por lo que si el riesgo de infección es muy bajo, quizá no merezca la pena arriesgarse a sufrir perjuicios, por improbables que sean. En otros casos, las ventajas son tan evidentes con respecto a los daños que casi todo el mundo debería vacunarse, a menos, por ejemplo, que se padezca una inmunodeficiencia grave y la vacuna esté elaborada con microbios vivos atenuados, o que exista una alergia a alguno de sus componentes.

Todo lo anterior está muy claro y suscita poco debate, pero el motivo de que haya tanta confusión sobre las vacunas se debe a que se han convertido en un caballo de batalla. Por desgracia, hay extremistas en ambos bandos que hacen caso omiso de los datos probados o que los manipulan en su beneficio. Cuando las autoridades sanitarias piensan que el fin justifica los medios, las recomendaciones oficiales pueden ser engañosas, y las

consecuencias, muy graves. Al descubrir el engaño respecto a una vacuna concreta que genera dudas, es posible que la sociedad decida rechazar todas las vacunas en bloque. Este libro incluye muchos ejemplos de por qué no hay que fiarse siempre de las recomendaciones de los organismos oficiales ni de su manera de interpretar los datos.

Además, los extremistas del otro bando también hacen mucho daño. Los más enconados rechazan todas las vacunas por una cuestión de «principios», y ejercen una influencia considerable a través de las redes sociales. En realidad, posicionarse en contra de todas las vacunas es una insensatez sin base científica, como lo sería oponerse a todos los medicamentos o a todas las personas. Hay gente buena y gente mala, pero si rechazáramos a todos nuestros congéneres, nuestra vida no tendría sentido, y si rechazáramos todos los tratamientos médicos, como las transfusiones de sangre cuando más se necesitan, correríamos el riesgo de morir.

Los más fanáticos están en contra hasta de la vacuna del sarampión, a pesar de que haya salvado y siga salvando millones de vidas (véase el capítulo siguiente). Esa postura romántica de «volver a la naturaleza», según la cual sería mejor dejar que nuestros hijos padezcan el sarampión en vez de evitarlo con una vacuna, no solo es errónea, sino que puede provocar numerosas muertes y graves lesiones cerebrales. En el caso del sarampión, como en el de otras enfermedades infecciosas, la inmunidad colectiva tiene suma importancia. Para prevenir la epidemia del sarampión es necesario vacunar al 95 % de la población, de modo que

tenemos la responsabilidad mutua y conjunta de inmunizarnos por el bien de los demás. Si no estás de acuerdo, no tires el libro todavía y lee al menos el siguiente capítulo. Es posible que te haga cambiar de opinión.

A quienes rechazan todas las vacunas, son inmunes a los argumentos racionales y desprecian los descubrimientos científicos se los suele llamar «antivacunas» (*anti-vaxxers* en inglés). Sin embargo, a mí no me gusta calificar a nadie de ser antinada. Aquellos que critican el consumo exorbitado de psicofármacos por motivos científicos válidos son denominados «antipsiquiatría» por los psiquiatras, pero no es cierto; en realidad, son «propersonas». Yo prefiero el término *negacionistas* de las vacunas, puesto que lo que hacen es negar la ciencia, igual que hay negacionistas del Holocausto y de la llegada del hombre a la Luna. A los del otro bando los llamo defensores de las vacunas, pese a que es una denominación demasiado amable para quienes se muestran tan irracionales como los negacionistas al afirmar que debemos aceptar todas las vacunas sin rechistar.

El discurso de ambas facciones es mordaz, no solo el de los negacionistas, también el de los defensores de las vacunas. Por ejemplo, el ministro de Sanidad británico dijo una vez: «Quienes hacen campaña en contra de la vacunación están en contra de la ciencia, y la ciencia es muy clara [...]. Los que defienden el mito antivacunas cometen una falta moral, son profundamente irresponsables y tienen las manos manchadas de sangre».

[1]

El debate suele estar tan polarizado que el diálogo sensato termina siendo imposible. En cuanto se plantean

preguntas legítimas, el bando provacunas se alza al grito de «¡Antivacunas!» y te pregunta si estás a favor o en contra de su postura.

Por desgracia, los negacionistas tienen tanto poder en los Estados Unidos que los científicos han optado por censurarse a sí mismos en lugar de buscar la verdad. Un periodista del *New York Times* relató así su experiencia:[2] «Cuando intenté informar sobre los aspectos inesperados y controvertidos de la eficacia y seguridad de las vacunas, muchos científicos no quisieron hablar conmigo. Cuando conseguía que se pusieran al teléfono, ocurría algo preocupante: tenían tanto miedo que medían sus palabras, les quitaban importancia a los datos negativos e incluso evitaban hacer estudios que pudieran arrojar resultados indeseados. Del mismo modo, aquellos que incumplen esas dos reglas tácitas son objeto de críticas. Su objetivo parece consistir en proteger a la población asegurando que más gente acepte las vacunas, pero se trata de un enfoque que fracasará a largo plazo. De hecho, nuestro arsenal de vacunas es excepcional, pero siempre puede mejorar. El progreso exige rigor científico y la valentía necesaria para hacer preguntas incómodas».

En efecto, un investigador dejó de ser invitado a las reuniones de su gremio tras publicar un artículo que demostraba que la vacuna de la gripe no resultaba demasiado eficaz entre la tercera edad. Otra investigadora y sus colegas canadienses hallaron datos que sugerían que podía aumentar el riesgo de infección frente a otras cepas de la misma enfermedad. Después de repetir las pruebas en cinco estudios distintos y difundir los resultados entre

sus compañeros de confianza, «se enfrentaron a una gran oposición y algunos llegaron a cuestionar la validez de los descubrimientos»,^[3] aunque terminaron publicándolos de todos modos.^[4]

No cabe duda de que reprimir la investigación científica es mucho más peligroso que la difusión libre del conocimiento, ya que lo primero conduce a la selección oportunista de datos, que es exactamente lo que hacen los negacionistas.^[5] «Las vacunas no pueden perfeccionarse si los investigadores pasan por alto los descubrimientos inoportunos. Además, al escoger la transparencia frente a la censura, los vacunólogos lograrán ganarse la confianza de la sociedad y disipar así sus miedos infundados».

Debemos intentar comprender cuáles son los motivos que originan el rechazo a las vacunas. Los padres de los niños con trastornos congénitos como el autismo buscan una explicación que los justifique. Por lo tanto, no es de extrañar que se cuestionen la seguridad de una vacuna recibida poco antes de la aparición de los síntomas, ni es justo calificarlos de antivacunas por ello. Tampoco debería sorprendernos que haya miles de padres en esa situación, ya que se vacuna a miles de millones de niños al año. No obstante, su número no es prueba de nada. La teoría de que la vacuna del sarampión produce autismo se ha refutado de manera satisfactoria, y se ha demostrado que el estudio que le dio pie era un fraude (véase el capítulo siguiente).

La defensora del consumidor Kim Witczak ha comparado la industria de las vacunas con la de los antidepresivos, describiendo sus vivencias con palabras muy duras.^[6] De

hecho, inició su activismo como resultado de una negligencia médica, cuando a su marido le recetaron antidepresivos para tratar el insomnio y los terribles efectos secundarios que padeció lo empujaron al suicidio.[7] Ambas industrias y sus aliados a sueldo entre los médicos se dedican a atacar a cualquiera que critique sus productos. Si dijeras, basándote en las pruebas más fiables, que los antidepresivos no parecen dar resultado, y que encima llevan a algunas personas, tanto niños como adultos, al suicidio o la violencia, los profesores de Psiquiatría te tildarían de «antipsiquiatría» para defender los intereses de su gremio. A mí mismo me ha pasado varias veces frente a interlocutores que no contaban con ningún argumento válido en respuesta.[8]

Witczak ha sido acusada de pertenecer a la Iglesia de la Cienciología en diversas ocasiones, como cuando Ted Kennedy la invitó a declarar ante el Senado estadounidense para discutir las posibles mejoras de la FDA y el control posventa de los medicamentos.[9] Al recoger sus pertenencias después de la sesión, le dijeron que uno de los miembros de la Alianza Nacional de Enfermos Mentales (quienes se denominan a sí mismos como una organización de base) había ido a hablar puerta por puerta con todos los senadores para advertirles de que no creyeran ni una palabra de ella porque era ciencióloga. Pues bien, resulta que dicha Alianza Nacional recibe una financiación tan elevada por parte de la industria farmacéutica (doce millones de dólares entre 1996 y 1999) que podemos considerarla corrupta sin temor a equivocarnos.[10]

En todo caso, existen buenas razones para mostrar escepticismo ante las vacunas en general, o al menos para cuestionarlas. Lo cierto es que el modelo de negocio de las farmacéuticas recae en el crimen organizado, ya que el fraude es una práctica habitual en los ensayos clínicos y en el *marketing*, lo que ha provocado cientos de miles de muertes a lo largo de los años.[11] También está claro que no podemos confiar en las autoridades sanitarias, puesto que aprueban la comercialización de demasiados medicamentos peligrosos y tardan demasiado tiempo en retirarlos, aunque se acumulen las pruebas de su letalidad.

[12]

Tampoco genera mucha confianza el hecho de que las recomendaciones oficiales sobre vacunación, como las que emiten las juntas de salud nacionales y la OMS, se basen en los resultados de estudios patrocinados por las mismas farmacéuticas y en los comunicados de las autoridades sanitarias, ni el de que muchos de los implicados tengan conflictos de intereses por su relación con los fabricantes de vacunas.

Otro motivo de sospecha es que casi ninguno de los principales ensayos clínicos sobre las vacunas incluye un grupo de control sin tratar. Uno de los requisitos para que se apruebe un medicamento es que se hayan hecho ensayos clínicos aleatorizados en los que un grupo recibiera el tratamiento y otro grupo de control recibiera un placebo o nada. De esta manera, se pueden evaluar tanto los efectos positivos como los negativos. Así, después de haber pasado décadas investigando medicamentos, cuando me puse a estudiar la vacuna contra el PVH (papilomavirus humano),

me horrorizó descubrir que los requisitos para su aprobación eran mucho más laxos. En casi todos los ensayos de la vacuna contra el PVH hay un grupo de control que recibe la vacuna contra la hepatitis o un potente adyuvante inmunológico, lo que impide discernir cuáles son los daños que produce la vacuna (véase el capítulo 5).

Por otro lado, hay mucha gente que desconfía porque cree ver una relación causal cuando alguien enferma tras ser vacunado, pero ni esa relación existe ni es motivo de escepticismo. En una ocasión, una negacionista de las vacunas estadounidense me escribió para contarme que su vecina le había puesto la SPR (triple vírica frente al sarampión, las paperas y la rubéola) a su hijo de 2 años, y que un par de semanas después el niño había tenido fiebre, no paraba de quejarse y se daba de cabezazos contra la pared. Lo que le respondí fue: «Puede que el niño del que habla pillara una infección al mismo tiempo. Son cosas que pasan». En realidad, es muy improbable que la enfermedad del niño se debiera a la vacuna (véase el capítulo siguiente).

Esa misma persona también me preguntó si tenía pruebas que demostraran que la triple vírica era segura, una pregunta vacua porque ningún fármaco es seguro. Si queremos usar medicamentos, tenemos que aceptar que algunas personas sufrirán efectos secundarios. A fin de cuentas, empleamos fármacos que nos hacen más bien que mal, y no hay duda de que la triple vírica entra dentro de esa categoría.